

Filosofía, Arte y Letras



"Mujer", acrílico del pintor mejicano Marlo Díaz Vázquez.

Leyendas Rumanas

Las Flores que Fueron Lágrimas

Por Gabriela Arciniegas

A veces, en las montañas más altas, cuando la primavera está próxima, y el suelo todavía cubierto de nieve, de repente se siente un fuerte perfume, dulcísimo, inconfundible. Parece que saliera de la misma nieve. El botánico Blagayans fue el primero que clasificó las florecillas extrañas que maduran sus capullos bajo la nieve profunda. Cuando la capa de nieve se adelgaza, llega el día en que aparecen, como por encanto, cantidades de pequeñas corolas fragantes, los pétalos blancos ligeramente teñidos de amarillo. Diminutas coronas de hojas alargadas y brillantes las cercan, protegiéndolas. Es la hiedra blanca, la estrella alpina, originaria de las montañas de Lorenzi en las Dolomitas, cerca de Lubiana, y allí fue identificada por Blagayans en 1786.

Pero la historia de su origen viene de las cumbres rocosas que separan las provincias rumanas de Valaquia y Transilvania, cerca de un lugar que se llama Pirul Sec, la quebrada seca. Allí vivía, hace tiempo un ermitaño llamado Antón. Era extranjero, venía de lejos de otras montañas más altas. Pasaba los días en su gruta de piedra, rezando por la salud de los hombres.

Además socorría a todo el que se encontraba en peligro, por abismos y despeñaderos. Sólo él en toda la región podía hacerlo, dotado como estaba de una vista y un oído ex-

traordinarios, de una fuerza física y una agilidad que nunca más se han visto. Conocía todos los senderos, la mitad creados por él, y para él ningún lugar era inaccesible. Hasta que fue envejeciendo. Llegó el día en que sus fuerzas sólo le permitían ir por agua a la fuente más cercana.

Un verano, todos los ríos y manantiales se secaron. Todas las fuentes, menos aquella donde Antón recogía el agua. El bosque parecía fosforescente. A veces era como si sacara el agua de entre llamas. Y todavía faltaba mucho verano, suficiente para secar esta última fuente. Al morir ella, se llevaría la vida de Antón como un hilo de plata.

Mientras tanto el agua seguía brotando en un milagro continuo, cantando a la gloria de una hermandad secreta entre él y ella.

Así seguía, cuando un rayo hizo estallar todo el bosque en llamas. La vejez no había logrado disminuir el oído finísimo de Antón. Oyó la explosión de millares de voces desesperadas, animales y humanas. En los viejos tiempos el gemido más tenue hubiera servido para encontrar al desafortunado en segundos y salvarlo. Ahora había tantas voces como ardían hojas en las ramas; los grandes árboles caían como truenos, centellas cubrían todo el cielo, ellas también un grito mudo de mil voces. Y ninguna de esas voces había perdido la esperanza.

Lentamente, impedido a cada

paso, Antón el ermitaño caminó hasta la fuente, la única que había y el único lugar adonde podía ir. Fue y volvió varias veces. Un viejecito ridículo. Sin tino, ennegrecido por las lágrimas, echaba baldados de agua al majestuoso infierno del bosque incendiado. Nadie le vio para burlarse de él y el agua se evaporaba en el aire. Al fin cayó al suelo, rendido, casi desmayado.

Rezaba porque estaba acostumbrado a rezar mucho, con la misma rapidez con que otros piensan. Sólo ayer le había compuesto versos al milagro de la última fuente. Si alguien los hubiera oído, se habría asustado un poco. Antón llevaba demasiado tiempo viviendo lejos de los demás hombres y tanto sus palabras como su manera de pensar se habían vuelto muy extrañas.

Muy pronto se le acabaron todas las palabras que recordaba y siguió rezando sin palabras. A su alrededor el viento sudaba frío, el cielo se puso negro. Los nubarrones se confundían con el humo, se desmadejaron y cayeron. Llovió como el deshielo de mil fuentes.

Antón lloraba de felicidad, pero las lágrimas de un viejo son muy raras: son duras, son casi vegetales, son cosas con raíces. Tan así eran, que Antón pudo recogerlas todas y al otro día las sembró en la tierra.

"Nacerán", dijo, y nacieron, como nace cada primavera de cada invierno. "Entonces mis lágrimas de felicidad se quedarán viendo todo. Y no está mal que me informen si todo va bien cuando yo las esté viendo desde el cielo," dijo Antón.

Ellas fueron las primeras flores de estrella alpina.

Hoy en día los muchachos de la región se las obsesaban a sus novias, para que el Domingo de Ramos las luzcan en sus cabellos. Esto les trae suerte para todo el año.

Oro Viejo

Varios Efectos del Amor

Por Lope de Vega

Desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo, alentado, mortal, difunto, vivo, leal, traidor, cobarde, animoso, no hallar, fuera del bien, centro y reposo, mostrarse alegre, triste, humilde, altivo, enojado, valiente, fugitivo, satisfecho, ofendido, receloso. Huir el rostro al claro desengaño, beber veneno por licor suave, olvidar el provecho, amar el daño; creer que un cielo en un infierno cabe, dar la vida y el alma a un desengaño: esto es amor. Quien lo probó lo sabe.

Judit

Cuelga sangriento de la cama al suelo el hombre diestro del feroz tirano, que opuesto al muro de Betulia en vano, despidió contra sí rayos al cielo. Revuelto con el ansia el rojo velo del pabellón a la siniestra mano, descubre el espectáculo inhumano del tronco horrible, convertido en hielo. Vertido Baco, el fuerte armés afea los vasos y la mesa derribada, duermen las guardas, que tan mal emplea; y sobre la muralla, coronada del pueblo de Israel, la casta hebrea con la cabeza resplandece armada.

"Suelta mi Manso, Mayoral Extraño. . ."

Suelta mi manso, mayoral extraño, pues otro tienes tú de igual decoro; suelta la prenda que en el alma adoro perdida por tu bien y por mi daño. Ponle su esquila de labrado estaño, y no le engañen tus collares de oro; toma en albricias este blanco toro que a las primeras yerbas cumple un año. Si pides señas, tiene el vellocino pardo, encrespado, y los ojuelos tiene como durmiendo un regalado sueño. Si piensas que no soy su dueño, Alcino, suelta, y verásle si a mi choza vieje; que aún tienen sal las manos de su dueño.

Correo Secreto

Por Ramón J. Sender

— y II —

Alli siguió Orlov dedicado al trabajo político del partido y a su labor científica hasta obtener el doctorado en Física. Algunas de sus teorías personales se habían hecho prácticas y se usaban en los laboratorios secretos a los cuales el mismo Orlov no tenía acceso. Tampoco podía viajar ni visitar otros laboratorios de especialización. Por fin lo enviaron a Armenia, de cuya Academia de Física llegó a ser miembro. Pero siempre vigilado. Por fin cuando Kruschchev visitó Armenia dijo que había que olvidar el pasado y le permitieron a Orlov el acceso a los lugares secretos de la capital soviética.

"Pero — vuelve a decir el joven sabio — las cosas eran diferentes en Moscú y en 1972, después de seis meses de forcejeos y dificultades de todas clases, L. A. Artismovich me dio un empleo en su instituto. . ."

Ahi se interrumpe la relación, que es seguida por unas líneas de calendario biográfico: "Sept. 16, 1973: carta abierta a Brezhnev sobre la campaña contra Sakharov".

"Octubre, 1973. Me adhiero al grupo que propugna la amnistía internacional fundado en la Unión Soviética a instancias de organizaciones exteriores de hombres de ciencia. "Enero 1, 1974: Me echan del Instituto. Ni en Moscú ni en Armenia me dan trabajo. Entonces recordé que un hombre de ciencia joven y de gran talento llamado Eskin, al ver que lo echaban de Moscú, decidió suicidarse y lo hizo arrojándose por la ventana desde un séptimo piso. "Febrero 13, 1974. Firmo con otros una protesta contra la deportación de Solzhenitsyn. . ."

Aquí se acaban las dos páginas obviamente incompletas que Orlov pudo hacer salir de Rusia y que ahora publican algunas revistas de ciencia y algunos periódicos al tenerse noticia de que Orlov se halla en la cárcel. En la famosa Lubianka.

Los que amamos a Rusia y a los rusos desde Pushkin hasta Gorky y hasta Maiakovsky y hasta Solzhenitsyn no acabamos de entender. Nadie hay en el mundo que quiera intervenir en Rusia ni mucho menos destruirla. Entonces, ¿por qué seguir propiciando las circunstancias de una nueva catástrofe? ¿No hemos tenido bastante con los cuarenta millones y medio de muertos que hasta ahora han producido las guerras del siglo XX?

Tal vez no abarcamos todos los aspectos de la realidad y no nos damos cuenta de que la naturaleza quiere reducir la especie humana a las proporciones que la hacen "alimentable" para el planeta. Antes, eso lo arreglaban las epidemias. Ahora, con los antibióticos, ya no las hay y las sustituye la política armada, quizá. Me gustaría equivocarme.